

LIBROS

De estos y otros tiempos, Rafael Cansinos-Assens

A veces, y es triste, hay que dar cuenta del olvido; recordar hombres, hechos y tiempos que parecen haber sido sepultados en el polvo de la memoria. Esto es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con Rafael Cansinos-Assens: se le recuerda, en todo caso, como traductor, y es cierto que su trabajo en ese campo —se ocupó de Dostoyewsky, de Schiller, de Goethe, y devolvió al Libro de las Mil y Una Noches su esplendor de obra maestra menor— fue a la vez importante y brillantísima y podría servir de modelo a muchos de los que ahora hacen pasar entre nosotros sus transcripciones planas y sin gracia por auténticas obras de traducción; pero no se le recuerda como el creador que fue, novelista y poeta, crítico literario, codificador de las vanguardias de su tiempo e impulsor también de las nuevas.

Y no es sólo a Cansinos a quien se ha olvidado así; en realidad, podría decirse que se ha olvidado a todo un movimiento vanguardista que vivió en España a principios de siglo, y que podría servir de puente entre el modernismo azul de Rubén Darío y la generación del 27. Guillermo de Torre, Vicente Huidobro —recordado éste tan sólo por sus conexiones con el creacionismo que luego practicó Gerardo Diego— y otros muchos recogieron vientos de poesía nueva y fundaron sobre ellos un monumento de palabras, tal vez algo frívolo, pero sin el cual no sería posible entender el desarrollo ulterior de la literatura española moderna. El ultraísmo y las revistas en las que se derramaba —"Ultra", "Grecia", etcétera— fueron los equivalentes hispanos del cubismo, futurismo y dadá. Y aunque Cansinos estuvo siempre por encima y más allá —también más acá, podríamos decir, pues tiene en su creación un algo de intemporal— de las tendencias del verbo moderno, las impulsó a todas.

"El Movimiento V. P." (1),

(1) Rafael Cansinos-Assens. Edición facsimilar, acompañada de un prólogo de Juan Manuel Bonet y de una entrevista, en epílogo, con el autor, realizada por César M. Arconada. Ediciones Peralta-Libros Hipéridon.



Carlos Luis Alvarez, "Cándido".

De ayer a hoy

En un país donde el ideal mayoritario parece ser escribir como si el lector fuera analfabeto, siempre es un consuelo leer a alguien que, sin ruborizarse, cita a Occam los días de labor y a Bertrand Russell en los días festivos. "Cándido" ejerce una ironía benévola, más machadiana que volteriana. Y se queda —ahí estaba ayer el "ABC" y ahora "El Periódico" y el volumen "De ayer a hoy" (1)— justo a las puertas del folio. Porque acaso pasada esa frontera, el huerto de Voltaire se

convierte en el latifundio de Manuel Halcón y la cita en centón.

El lector, flagelado todavía por no pocos tontos a los que salvó la censura ("la censura, que hizo bastantes víctimas, salvó también a bastantes idiotas"), ha visto un cambio de régimen, pero apenas ha tenido oportunidad de leerlo. Se escribe aún para menores en edad (y en saber y en gobierno). Se escribe de arriba abajo, se dicta; cuando muchos escribanos tendrían que hacerlo al revés. Como menores ante el pueblo soberano o ministriles ante el juez y no maestro dictador ante el catecúmeno.

"Cándido" —compañero que fue en el dos veces fraternal "Hermano Lobo"— siempre escribió de igual a igual y consideró al lector tan inteligente como él. ■ V. M. R.

(1) Carlos Luis Alvarez, "Cándido": "De ayer a hoy". Prólogo de Luis Calvo, 192 páginas. Colección Escritos. Forma Ediciones. Zaragoza, 1978.

esa extraña novela que podría llamarse "de costumbres", si el término no se utilizase ya para otra cosa, da fe de esa vanguardia madrileña —muy madrileña— de los años 10 y 20. Es, desde luego, una novela con claves; claves que desvela, en su excelente prólogo, Juan Manuel Bonet. Pero no es ese su mayor interés, y no debe el lector —ni en esta ni en ninguna otra obra de creación— dedicarse a una labor de detective-erudito, que le llevaría pronto al cansancio y le haría confundirse de paisaje. Interesa más como testimonio vivo de una época y de una mentalidad, de un estado de ánimo. El espíritu de lo nuevo, el mismo que animó los movimientos de Apollinaire, está en todas sus páginas; a veces es burla de él; otras veces, complacencia en sus gracias infantiles. Pero está siempre presente, siempre vivo. Vemos una ciudad, que suponemos Madrid, surcada por un inmenso Viaducto, obra a la vez de ingeniería y técnica que podría servir de contrapunto sosegado a la verticalidad de la torre Eiffel; unos cafés extraños —extraños para el hoy, desprovisto de ellos— en cuyos espejos quedan plasmados los rostros de los contortulios, en cuyas tazas de chocolate se encuentran de pronto palabras de extraño sabor. Y esa adoración por lo an-



Cansinos-Assens.

glosajón y por lo americano, heredada de Blaise Cendrars, que hace a los poetas nuevos cantar al aeroplano y a la bicicleta, y a las mujeres vestir rimbos de corcho. La moda es una nueva musa dominante, no se olvida, no se deja de lado; se convierte en motor de un pensamiento. La moda es el espejo de los gestos. Cansinos-Assens nos descubre un tiempo en el que el dandysmo marcaba todas las actitudes, en el que incluso don Ramón María del Valle-Inclán imprimía aires de elegancia y grandeza a su magnífica miseria. Y en ese ambiente tan antiguo y tan moderno a un tiempo se va gestando —de "gestos",

vuelvo a repetirlo— una nueva poesía, un "gay" saber que tiene mucho que ver con el lenguaje de los pájaros que conocieron y emplearon alquimistas y trovadores.

Pero tampoco es esta novela sólo eso, testimonio de una época. Es también un libro muy ameno. Y lo es, porque resulta posible reconocer en sus páginas nuestros rostros, encontrar en nuestras actitudes mucho de lo que en ella hay. Por eso nos divierte; porque a veces nos reímos de un personaje —por excesivamente moderno o por excesivamente antiguo— y vemos que nos estamos riendo de nuestra propia imagen. Los signos, ahora, han cambiado; pero tanto el paisaje como el espíritu permanecen. ■ E. HARO IBARS.

Donde acaba Andalucía

"Me duele Andalucía" parece clamar, evocando el unánime dolor de España, Víctor Márquez Reviriego, este certero periodista onubense laboralmente atrapado por Madrid como tantos otros andaluces (y no andaluces). Y ese clamor por su tierra, que le fue brotando junto a los centralistas saucos de Babilonia, es ahora recogido por la Editorial Aljibe, de Granada, en un volumen de ciento cincuenta páginas.

Si sus Apuntes parlamentarios ("La tentación canovista"), escritos a pulso semanal en las páginas de TRIUNFO, merecieron el "ascenso" a la graduación de libro —libro que, por lo demás, se sitúa hoy entre los de consulta obligada para quienes, por imperativos profesionales o por simple interés cultural, se inclinan hacia el estudio de nuestra historia contemporánea—, no es menos de agradecer la visión editorial que nos reporta el poder manejar, definitivamente "cosidos", estos escritos andaluces de Márquez, hasta ahora dispersos en varias publicaciones periódicas.

El libro viene prologado por el novelista Vaz de Soto (también onubense), cuya palabra, hermana de la de Víctor por más de un concepto, nos lanza de bruces ("in medias res") sobre una tierra tan noble como maltratada, donde todo vejamen parece darse cita. "Viniedo de Huelva, a la salida de Gibraleón, pocos metros más allá del puente sobre el Odiel, tropezará el viajero con un cruce...", y ya en adelante segui-